



EPIFANÍA DEL SEÑOR*

“Le adoraron y se volvieron a su tierra por otro camino”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 60,1-6; Efesios 3,2-3.5-6; Mateo 2,1-12

Después de Navidad la gran fiesta litúrgica es la de Epifanía. En el lenguaje de la carta a los Efesios, que se lee en la misa de hoy, significa la manifestación del misterio de Dios, escondido durante siglos y manifestado en Jesucristo: “que los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio”. Dicho de manera sencilla, que en Jesús Dios ofrece a todos los seres humanos, sin exclusión de nadie por razones de raza o religión, su amor de Padre y nos convoca a ser sus hijos, herederos de sus promesas y partícipes de una misma salvación. El nacimiento de Jesús en el seno del pueblo judío no es sólo una buena noticia para Israel, sino “para todo el pueblo”. En los tres ciclos litúrgicos se leen las mismas tres lecturas.

Para las primeras comunidades cristianas, que comenzaron a acoger en su seno a creyentes que provenían de pueblos extranjeros y paganos, esa universalidad constituía una gozosa revelación del misterio de Dios, de su inmensa bondad. De todas maneras, a muchos no les resultaba fácil de entender, pese a que ya los profetas lo habían intuido y proclamado con gran regocijo, como leemos en la lectura de Isaías. Tampoco nos resulta hoy sencillo aceptar, acostumbrados a ver a Cristo como propiedad y privilegio exclusivo de la comunidad cristiana, que el amor y la salvación de Dios desborda nuestras fronteras confesionales y que, como Iglesia, no podemos vivir encerrados en nuestras seguridades y ritos, sino que estamos llamados a ser una “Iglesia en salida”, misionera y con perspectiva de universalidad; más que recinto cerrado, “signo” de salvación para todos. El mismo evangelio de Mateo concluye con la “epifanía” del Resucitado a los discípulos, los congrega en Galilea para enviarlos en misión universal: “vayan y hagan discípulos a todas las gentes” (Mt.28,19).

Esto es lo que Mateo querría hacer sentir y entender en su comunidad compuesta de judíos y de gentiles. En lecturas como la de Isaías, Mateo debió encontrar inspiración para su relato de los “magos”, -que luego la imaginación popular convirtió

* Ciclo B

en “reyes” y la fiesta en “bajada de reyes”-, que vienen de oriente para reconocer y adorar al Niño nacido en Belén. Sin necesidad de entrar en la discusión sobre el grado de historicidad del relato, tratemos de entender lo que Mateo trata de decirnos sobre el alcance universal de la misión salvífica de Jesús, y en ella de la salvación que Dios ofrece. En la antigüedad era común la idea de que el nacimiento de un gran personaje se anunciaba con la aparición de un signo en el cielo. El nacimiento de Jesús tiene resonancia más allá del territorio judío: “vimos su estrella en el Oriente”, dicen estos “magos, que venían del Oriente”. Mateo subraya el contraste entre el rey Herodes, que “se asustó” ante la noticia del nacimiento de un niño y con él “los sumos sacerdotes y los escribas”, que sabían que había de nacer en Belén, como “así está escrito por los profetas”, y los magos que confiesan: “vimos su estrella en el Oriente y vinimos a adorarlo”. Mateo anticipa ya en el nacimiento lo que Jesús en su vida adulta, y lo que su comunidad en su tiempo, experimentarán: el rechazo de las autoridades y sabios judíos y la acogida por parte de los considerados paganos. La comunidad lee el relato con regocijo, el misterio de Cristo es también para todos ellos, judíos y extranjeros, que la conforman. Se sienten representados en aquellos magos de Oriente, que, iluminados por el resplandor de Jesús, le adoran y ofrecen los regalos que en su cultura estiman más valiosos.

La liturgia no es sólo recuerdo del pasado, es actualización comunitaria del acontecimiento por la fe. En la “epifanía del Señor” somos llamados a volver a encaminarnos hacia Belén, a encontrarlo “en el lugar donde estaba el niño” y adorarlo, es decir a renovar nuestra fe y seguimiento y ofrecerle nuestros mejores dones. Ya no será una “estrella”, sino su palabra y su vida, las que nos indican dónde se le encuentra hoy: en los más vulnerables y olvidados. Ya no hay necesidad de ir a preguntar a los Herodes y a sus sabios. Es suficiente salir a la calle, abrir los ojos y los oídos de la fe, para descubrir el misterio manifestado (“epifanía”) en Jesús: Dios se revela en los pobres, en las mujeres maltratadas y niñas abusadas, en los extranjeros desprotegidos, en los ajenos a nuestra cultura, en los que pelean y mueren en las guerras, en los que no saben de religión. Tendremos que actualizar también con realismo y sentido de lo concreto “los dones que le ofrecieron”, preguntándonos y distinguiendo bien qué es hoy lo urgente y lo importante que Jesús reclama. Lo valioso no consistía en el valor económico de los dones, sino en lo que significaban de reconocimiento de la dignidad de aquel niño. Reconocer hoy la “epifanía” de Dios en los insignificantes sociales y culturales de nuestros días reclama algo más que obras materiales y sociales -por otra parte, muy necesarias-; demanda reconocimiento legal y práctico de su dignidad y derechos como personas plenas y de su identidad y organización como comunidades. A los creyentes en Jesucristo se nos ofrece algo más: ver en los rostros diversos de los pobres y olvidados la nueva y permanente “epifanía” de Dios.

El relato termina con un apunte no menos sugerente: “se volvieron a su tierra por otro camino”. Podemos fácilmente intuir que no se trata sólo del camino para el viaje; después de haber encontrado a Jesús se sintieron “otros”, ya no requerían estrellas en el firmamento que los guiasen, regresaban iluminados por aquél que diría: “mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo” (Jn.9,5). La lectura de Isaías 60

animaba al pueblo, recién llegando de la oscuridad del destierro y de la desolación, a levantarse y alegrarse: “sobre ti amanece la gloria de Dios... se estremecerá y ensanchará tu corazón”. La liturgia de este día vincula el texto de Isaías con la luz que irradia para la humanidad la epifanía de Dios en Jesús. Lo expresa bien el prólogo del evangelio de Juan: “La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo ser humano, viniendo a este mundo” (Jn,1,9).

En el fin de semana hemos hecho el tránsito de un año a otro. Fechas simbólicas, pero no podemos dejar de darles su sentido. El año que terminó, bien puede ser descrito con las palabras del profeta: “mira cómo la oscuridad cubre la tierra y espesa nube a los pueblos”. Pero, sin interrumpir la lectura, hay que continuar: “mas sobre ti amanece Yahvé y su gloria sobre ti aparece”. No es una invitación al optimismo ingenuo, sino a la esperanza confiada y comprometida: confiada en que el Dios de la vida sigue presente y actuando -es el “Dios que ama a las personas” (Lc.2,14)-; y comprometida, porque Dios deja el futuro, respetando nuestra libertad e iniciativa, en nuestras manos. Por eso las fechas son motivo de revisión, de acción de gracias y de propósitos. Revisión no sólo de las calamidades sufridas, sino de nuestra manera de asumirlas y afrontarlas. Acción de gracias porque, mirándolo bien, hay tantas personas y cosas buenas en nuestro entorno que, sin haberlas merecido, nos han alentado. Proyectos y propósitos para, como los magos, volver a las tareas del nuevo año “por otro camino” y siendo “otros”, iluminados por dentro por la luz de este Jesús y su evangelio. Algo habremos tenido que aprender al cerrar este año difícil: rezagos de la pandemia que todavía nos ronda, conflictos y muertes que nadie asume, incertidumbres sanitarias, política y social. Algo nuevo para vislumbrar un Perú del 2024 más equitativo, justo y fraterno, imprimiendo un mayor sentido autocrítico y ético a la actividad política y económica, en el que la vida de los más empobrecidos se convierta en objetivo y tarea primordiales, para avanzar hacia una humanidad más solidaria y humana, para consolidar una Iglesia más en salida, misionera y servidora.

¡Que juntos, todas y todos, construyamos y disfrutemos un feliz Año!